

ESPERANZA

1. Dios es el único fundamento de nuestra esperanza sobrenatural.
2. Se confía y se espera en lo que se ama.
3. La falsificación de la esperanza sobrenatural.
4. «Recomenzar siempre», un acto de esperanza.
5. Esperanza, a pesar de los pecados y faltas.
6. Contrición y esperanza.
7. El ejemplo de los santos.
8. La esperanza del cielo.
9. Santa María, Esperanza nuestra.

1. Dios es el único fundamento de nuestra esperanza sobrenatural.

Toda mi esperanza estriba sólo en tu gran misericordia (SAN AGUSTÍN, Confesiones, 10).

La esperanza del hombre y la esperanza del mundo contemporáneo, la perspectiva del futuro realmente «mejor», más humano, dependen del «Confiteor» y del «Kyrie eleison». Dependen de la conversión: de las muchas, muchas conversiones humanas, que son capaces de transformar no sólo la vida personal del hombre, sino la vida de los ambientes y de la sociedad entera (JUAN PABLO II, Hom. 31XII- 1 980).

El único motivo que te queda para gloriarte, oh hombre, y el único motivo de esperanza consiste en hacer morir todo lo tuyo y buscar la vida futura en Cristo (SAN BASILIO, Hom. 20, sobre la humildad).

El amor es más grande que el pecado, que la debilidad, que la «vanidad de la creación», más fuerte que la muerte; es amor siempre dispuesto a aliviar y a perdonar, siempre dispuesto a ir al encuentro con el hijo prodigo [...], y tal revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma y un nombre: se llama Jesucristo (JUAN PABLO II, Enc. Redemptor hominis, II, 9).

[...] a todos los que esperan se puede aplicar lo que dijo S. Pablo de Abrahán: creyó, esperando contra toda esperanza (Rom 4, 8). Diréis todavía: « ¿cómo puede suceder esto?» Sucede porque se

aferra a tres verdades: Dios es omnipotente, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a las promesas. Y es El, el Dios de las misericordias, quien enciende en mí la confianza; por lo cual yo no me siento ni solo, ni inútil, ni abandonado, sino implicado en un destino de salvación que desembocará un día en el Paraíso (JUAN PABLO I, Alloc. 20-IX-1978).

A mi, y deseo que a vosotros os ocurra lo mismo, la seguridad de sentirme -de saberme- hijo de Dios me llena de verdadera esperanza que, por ser virtud sobrenatural, al infundirse en las criaturas se acomoda a nuestra naturaleza, y es también virtud muy humana. Estoy feliz con la certeza del Cielo que alcanzaremos, si permanecemos fieles hasta el final; con la dicha que nos llegará, quoniam bonus (Sal 105,), porque mi Dios es bueno y es infinita su misericordia. Esta convicción me incita a comprender que sólo lo que está marcado con la huella de Dios revela la señal indeleble de la eternidad, y su valor es imperecedero. Por esto, la esperanza no me separa de las cosas de esta tierra, sino que me acerca a esas realidades de un modo nuevo, cristiano, que trata de descubrir en todo la relación de la naturaleza, caída, con Dios Creador y con Dios Redentor (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 208).

El hombre no puede vivir sin esperanza; todos los hombres esperan en alguien y en algo. Pero, por desgracia, no faltan abundantes desilusiones y tal vez se asoma incluso el abismo de la desesperación. ¡Más nosotros sabemos que Jesús Redentor, muerto, crucificado y resucitado gloriosamente, es nuestra esperanza! «Resucitó Cristo, mi esperanza». Jesús nos dice que, a pesar de las dificultades de la vida, vale la pena comprometerse con voluntad tenaz y benéfica en la construcción y mejoramiento de la «ciudad terrena», con el ánimo siempre en tensión hacia la eterna (JUAN PABLO II, Alloc. 24-III-1979).

2. Se confía y se espera en lo que se ama

El que alguien nos ame hace que nosotros esperemos en él; pero el amor a él es causado por la esperanza que en él tenemos (SANTO TOMAS, Suma Teológica, 1-2, q. 40, a. 7).

Crezcamos en esperanza [...], que es suplicar al Señor que acreciente su caridad en nosotros, porque sólo se confía de veras en lo que se ama con todas las fuerzas (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 220).

Observáis que cuando vino la tormenta los discípulos estaban muy angustiados. Pensaban que alguna gran calamidad se les

aproximaba. Por esta razón, Cristo les dijo: ¿Por que teméis? Esperanza y miedo son opuestos; temían porque no esperaban: Esperar es, no sólo creer en Dios, sino creer y estar ciertos de que nos ama y desea nuestro bien; y por esto es una gran gracia cristiana. Pero la fe sin esperanza no basta para llevarnos a Cristo. Los diablos creen y tiemblan (Sant 11). Creen, pero no van a Cristo porque no esperan, sino desesperan (CARD. J. H. NEWMAN, Sermón para el Domingo IV después de Epifanía; Cat. De S. Chaud 1848).

La esperanza es imposible si no hay algún amor (SAN AGUSTIN, Sobre la fe, la esperanza y la caridad, 117).

3. La falsificación de la esperanza sobrenatural

[...] si transformamos los proyectos temporales en metas absolutas, cancelando del horizonte la morada eterna y el fin para el que hemos sido creados -amar y alabar al Señor, y poseerle después en el Cielo- los más brillantes intentos se tornan en traiciones, e incluso en vehículo para envilecer a las criaturas. Recordad la sincera y famosa exclamación de San Agustín, que había experimentado tantas amarguras mientras desconocía a Dios, y buscaba fuera de El la felicidad: inos creaste, Señor, para ser tuyos, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en Ti! (Confesiones 1, 1, 1). Quizá no exista nada más trágico en la vida de los hombres que los engaños padecidos por la corrupción o por la falsificación de la esperanza, presentada con una perspectiva que no tiene como objeto el Amor que sacia sin saciar (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 208).

No somos cristianos por buscar una felicidad terrena, que a veces no les falta a los ladrones y criminales. Somos cristianos por buscar otra felicidad, que recibiremos enteramente cuando se termine esta vida del siglo (SAN AGUSTIN, Coment. sobre el Salmo 62).

4. «Recomenzar siempre», un acto de esperanza

Lo grave no es que quien lucha caiga, sino que permanezca en la caída; lo grave no es que uno sea herido en la guerra, sino desesperarse después de recibido el golpe y no cure la herida (SAN JUAN CRISOSTOMO, Exhortación a Teodoro, 1).

Otra caída... y ¡que caída!... ¿Desesperarte? No: humillarte y acudir, por María, tu Madre, al Amor Misericordioso de Jesús. -Un «miserere» y ¡arriba ese corazón!- A comenzar de nuevo. (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 711).

Alguno dirá: ¡Pero si yo soy un pobre pecador! Le respondo como respondí a una señora [...]. Estaba descorazonada, porque decía que había tenido una vida borrascosa. ¿Puedo preguntarle -le dije- cuantos años tiene? -Treinta y cinco-. ¡Treinta y cinco! Pero usted puede vivir otros cuarenta o cincuenta y hacer un montón de bien. Entonces, arrepentida como está, en vez de pensar en el pasado, proyéctese hacia el porvenir y renueve, con la ayuda de Dios, su vida (JUAN PABLO 1, Alloc. 20-1X-1978).

Debéis renovar los propósitos de enmienda que hasta ahora habéis hecho, y aunque veáis que, a pesar de esas resoluciones, continuáis enredada en vuestras imperfecciones, no debéis desistir de buscar la enmienda, apoyándoos en la asistencia de Dios. Toda vuestra vida seréis imperfecta y tendréis mucho que corregir; por eso tenéis que aprender a no cansaros en este ejercicio (SAN FRANCISCO DE SALES, Cartas, 1. c. D. 784

5. Esperanza, a pesar de los pecados y faltas

¡No desesperéis nunca! Os lo diré en todos mis discursos, en todas mis conversaciones; y si me hacéis caso, sanaréis. Nuestra salvación tiene dos enemigos mortales: la presunción cuando las cosas van bien y la desesperación después de la caída; este segundo es con mucho el más terrible (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre la penitencia).

Estáis viendo en la Iglesia a muchos cuya vida no debéis imitar, pero tampoco desesperar de ellos. Hoy vemos lo que son, pero ignoramos lo que será cada uno en el día de mañana. A veces, el que vemos que viene detrás de nosotros llega por su industria y agilidad a adelantarnos en las buenas obras, y apenas podemos seguir mañana al que nos parecía aventajar ayer. Cuando S. Esteban moría por la fe, Saulo guardaba los vestidos de los que le apedreaban (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 19 sobre los Evang.).

No hay enfermo a quien le sea negada la victoria de la cruz, ni hay nadie a quien no ayude la oración de Cristo. Pues si esta fue de provecho para los que tanto se enñañaban con Él, ¿cuánto más no lo será para los que se convierten a Él? (SAN LEÓN MAGNO, Sermón 15 sobre la Pasión).

Esta virtud es como una fuerte cadena que baja del cielo y ata nuestras almas; si estas quedan firmemente sujetas, va tirando de ellas poco a poco hasta unas alturas sublimes, y las sustrae a las tormentas de la vida presente. Pero el alma que, vencida por el desaliento, se suelta de esta santa ancla, cae inmediatamente y parece sumergida en el abismo del mal. Nuestro adversario no ignora

esto; por eso, en cuanto nos ve agobiados por el sentimiento de nuestras faltas, se lanza sobre nosotros e insinúa en nuestros corazones sentimientos de desaliento más pesados que el plomo. Si les damos acogida, ese mismo peso nos arrastra, nos soltamos de la cadena que nos sujetaba y rodamos hasta el fondo del abismo (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Exhortación a Teodoro, 1).

Mas, ¿que razón tiene el sembrar sobre espinas, sobre piedras, sobre el camino? Tratándose de semilla y de tierra, ciertamente no tendría razón de ser, pues no es posible que la piedra se convierta en tierra, ni que el camino no sea camino, ni que las espinas dejen de ser tales: mas con las almas no es así. Porque es posible que la piedra se transforme en tierra buena, y que el camino no sea ya pisado ni permanezca abierto a todos los que pasan sino que se torne campo fértil, y que las espinas desaparezcan y la semilla fructifique en ese terreno. Si esto no fuera posible, no hubiese El sembrado (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre S. Mateo, 44).

Ninguna otra causa impulsó más a Cristo a venir al mundo que salvar a los pecadores. Si se suprimen las enfermedades y las heridas, la medicina no tiene razón de ser. Si, pues, un gran medico bajo del cielo, es porque había un gran enfermo que curar: todo el mundo (SAN AGUSTIN, Sermón, 175).

El pueblo cristiano es invitado a gozar de las riquezas del paraíso, y a todos los regenerados les ha quedado abierto el regreso a la patria perdida, a no ser que ellos mismos se cierren aquel camino que pudo ser abierto por la fe de un ladrón (SAN LEÓN MAGNO, Sermón 15 sobre la Pasión).

Ese desaliento, ¿por qué? ¿Por tus miserias? ¿Por tus derrotas, a veces continuas? ¿Por un bache grande, grande, que no esperabas?

Sé sencillo. Abre el corazón. Mira que todavía nada se ha perdido. Aun puedes seguir adelante, y con más amor, con más cariño, con más fortaleza.

Refúgiate en la filiación divina: Dios es tu Padre amantísimo. Esta es tu seguridad, el fondeadero donde echar el ancla, pase lo que pase en la superficie de este mar de la vida. Y encontrarás alegría, reciedumbre, optimismo, ivictoria! (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Vía Crucis, p. 65).

Ni la cantidad, ni la calidad de los males que hemos cometido nos hagan vacilar en la certeza de la esperanza. Aumenta mucho nuestra confianza el hecho del buen ladrón, el cual no era bueno sino ladrón. Pensad bien cuan incomprensibles son en Dios las entrañas de misericordia. Este ladrón, que había sido preso en el camino con sus

manos manchadas en sangre, fue colgado en el patíbulo de la cruz; en él confesó, en él fue sanado y en él mereció oír: Hoy estarás conmigo en el paraíso. ¿Qué significa esto? ¡Quién podrá explicar debidamente la bondad de Dios! En vez de recibir la pena debida por nuestros crímenes, recibimos los premios prometidos a la virtud. El Señor ha permitido que sus elegidos incurran en algunas faltas para dar esperanza de perdón a otros que yacen agobiados bajo el peso de sus culpas, si acuden a Dios con todo su corazón, y además les abre el camino de la piedad por medio de los gemidos de la penitencia (SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 20 sobre los Evang.).

Después de referirse a los modos de perdición, narra por fin la parábola de la tierra buena. No da así lugar a la desesperación, antes abre el camino a la esperanza del arrepentimiento y muestra que todos pueden convertirse en buena tierra (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre S. Mateo, 44).

6. Constricción y esperanza

Estaba lejos (el publicano) y, sin embargo, se acercaba a Dios; y el Señor le atendía de cerca. El Señor está muy alto y, sin embargo, mira a los humildes; el publicano no levantaba sus ojos al cielo y no miraba para que se le mirase. Su conciencia le abatía, pero su esperanza le elevaba. Golpeaba su pecho y se hería a sí mismo; el Señor le perdonaba, porque se confesaba (SAN AGUSTIN en Catena Aurea, t. VI, p. 302).

Sin estas palabras: «Padre, he pecado», el hombre no puede entrar verdaderamente en el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo, para sacar de ella los frutos de la redención y de la gracia. Esta son palabras-clave. Evidencian sobre todo la gran apertura interior del hombre hacia Dios: «Padre, he pecado contra Ti». Si es verdad que el pecado, en cierto sentido, cierra al hombre por lo que se refiere a Dios, al contrario, la confesión de los pecados abre a la conciencia del hombre toda la grandeza y la majestad de Dios, y sobre todo su paternidad. El hombre permanece cerrado en relación con Dios mientras falten en sus labios las palabras: «Padre, he pecado» y sobre todo mientras falten en su conciencia, en su «corazón».

Convertirse a Cristo, experimentar la potencia interior de su cruz y de su resurrección, experimentar la plena verdad de la humana existencia en El, «en Cristo», sólo es posible con la fuerza de estas palabras: «Padre, he pecado». Y sólo al precio de ellas [...]. (JUAN PABLO II, Ángelus, 16-11-II-980).

Es propio de los impíos, dice el Sabio, desesperar de la salvación y despreciarla, cuando han caído al fondo del abismo del pecado (cfr. Prov 18, 3). Propiamente es su impiedad la que les impide mirar al Señor y volver al lugar de donde habían caído (RÁBANO MAURO, Tres libros a Bonosio, 3, 4).

7. El ejemplo de los santos

Entre los meritos que los santos atribuyen a Abraham, S. Pablo destaca el de haber esperado contra toda esperanza. Dios le había prometido una descendencia más numerosa que las estrellas del cielo y que las arenas de la orilla de los mares; y, sin embargo, recibe la orden de matar a su hijo Isaac. El pobre Abraham no perdió su esperanza, esperó contra toda esperanza; él obedecía la orden, seguro de que Dios no dejaría de mantener su palabra. Grande fue, ciertamente, su esperanza, pues no veía otro apoyo para la misma que la palabra que Dios le había dado (SAN FRANCISCO DE SALES, Conversaciones espirituales, VI, 1. c., p. 705).

¡Con qué humildad y con qué sencillez cuentan los evangelistas hechos que ponen de manifiesto la fe floja y vacilante de los Apóstoles!

-Para que tú y yo no perdamos la esperanza de llegar a tener la fe incommovible y recia que luego tuvieron aquellos primeros (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 581).

8. La esperanza del cielo

Gustamos ya en este mundo la esperanza de una vida futura que nos saciará totalmente (SAN AGUSTIN, Coment. sobre el Salmo 39).

No resistes a la carne cuando deseas las cosas malas, porque no tienes esperanza en el cielo, que es la que nos concede el valor para resistir a las malas pasiones (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. 1, p. 388).

Y con ir siempre con esta determinación de antes morir que dejar de llegar al fin del camino, si os llevare el Señor con alguna sed en este camino en esta vida, daros ha de beber con toda abundancia en la otra y sin temor de que os haya de faltar (SANTA TERESA, Camino de perfección, 20, 2).

Ésta es la única vida verdadera, la única vida feliz: contemplar eternamente la belleza del Señor, en la inmortalidad e incorruptibilidad del cuerpo y del espíritu. En razón de esta sola cosa nos son necesarias todas las demás cosas, en razón de ella pedimos oportunamente las demás cosas. Quien posea esta vida poseerá todo lo que desee y allí nada podrá desear que no sea conveniente. Allí está la fuente de la vida, cuya sed debemos avivar en la oración mientras vivamos aún de esperanza (SAN AGUSTIN, Carta 130, a Proba).

La esperanza del premio conforta el alma para realizar las buenas obras (SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis 348, 18).

Hemos de desear no sólo la compañía, sino también la felicidad de que gozan los santos, ambicionando ansiosamente la gloria que poseen aquellos cuya presencia deseamos. Y esta ambición no es mala, ni incluye peligro alguno el anhelo de compartir su gloria (SAN BERNARDO, Sermón 2).

Entonces será la alegría plena y perfecta, entonces el gozo completo, cuando ya no tendremos por alimento la leche de la esperanza, sino el manjar sólido de la posesión. Con todo, también ahora, antes de que esta posesión llegue a nosotros, antes de que nosotros lleguemos a esta posesión, podemos alegrarnos ya con el Señor. Pues no es poca la alegría de la esperanza, que ha de convertirse luego en posesión (SAN AGUSTIN, Sermón 21).

Ahora amamos en esperanza [...]. Sin embargo, poseemos ya desde ahora las primicias del Espíritu, que son como un acercamiento a Aquél a quien amamos, como una previa gustación, aunque tenue, de lo que más tarde hemos de comer y beber ávidamente (SAN AGUSTIN, Sermón 21).

También me parece me aproveché mucho, para conocer nuestra verdadera tierra y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá y saber dónde hemos de vivir. Porque si uno ha de ir a vivir de asiento a una tierra, es de gran ayuda para pasar el trabajo del camino haber visto que es tierra adonde ha de estar muy a su descanso, y también para considerar las cosas celestiales y procurar que nuestra conversación sea allá, hácese con facilidad.

Esto es mucha ganancia, porque sólo mirar el cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estáse pensando -y acaéceme algunas veces- ser los que me acompañan y con los que me consuelo los que sé que allá viven y parecerme aquellos verdaderamente los vivos, y los que acá viven, tan muertos que todo el mundo me parece no me hace compañía, en

especial cuando tengo aquellos ímpetus (SANTA TERESA, Vida, 38, 6).

Y a los que se les da acá, como le pedimos, dales prendas para que por ellas tengan gran esperanza de ir a gozar perpetuamente lo que acá les da a sorbos (SANTA TERESA, Camino de perfección, 30, 6).

9. Santa María, Esperanza nuestra

Maestra de esperanza. María proclama que la llamen bienaventurada todas las generaciones (Lc I, 48). Humanamente hablando, ¿en qué motivos se apoyaba esa esperanza? ¿Quién era Ella, para los hombres y mujeres de entonces? Las grandes heroínas del Viejo Testamento -Judit, Ester, Débora- consiguieron ya en la tierra una gloria humana [...].

¡Como contrasta la esperanza de Nuestra Señora con nuestra impaciencia! Con frecuencia reclamamos a Dios que nos pague enseguida el poco bien que hemos efectuado. Apenas aflora la primera dificultad, nos quejamos. Somos, muchas veces, incapaces de sostener el esfuerzo, de mantener la esperanza. Porque nos falta fe: ¡Bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han declarado de parte del Señor! (Lc I, 45) (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 286).

(María es) puerto de los que naufragan, consuelo, del mundo, rescate de los cautivos, alegría de los enfermos (SAN ALFONSO M^a DE LIGORIO, Visitas al Stmo. Sacramento, 2).

Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de la tentación, mira a la estrella, llama a María. Si te agitan las olas de la soberbia, de la ambición o de la envidia, mira a la estrella, llama a María. Si la ira, la avaricia o la impureza impelen violentamente la nave de tu alma, mira a María. Si turbado con la memoria de tus pecados, confuso ante la fealdad de tu conciencia, temeroso ante la idea del juicio, comienzas a hundirte en la sima sin fondo de la tristeza o en el abismo de la desesperación, piensa en María.

En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir su ayuda intercesora no te apartes tú de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás si la sigues, no

desesperarás si la ruegas, no te perderás si en Ella piensas. Si Ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si Ella te ampara (SAN BERNARDO, Hom. 2 sobre el «missus est», 7).